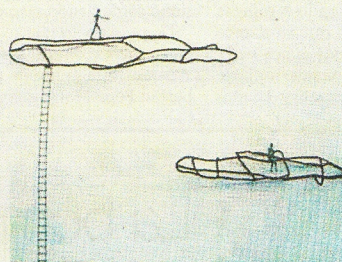
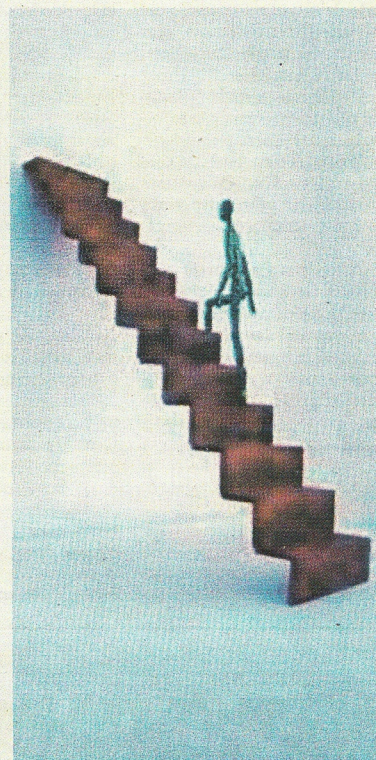
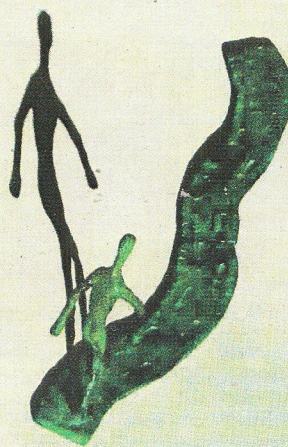
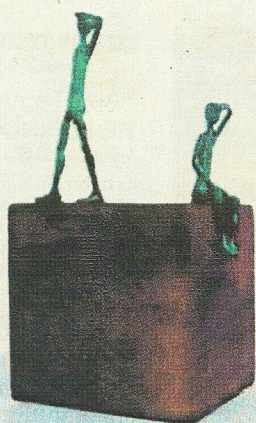
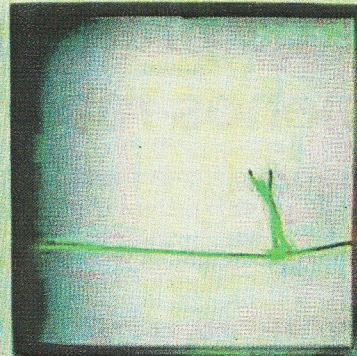
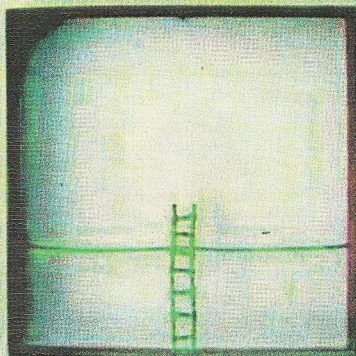
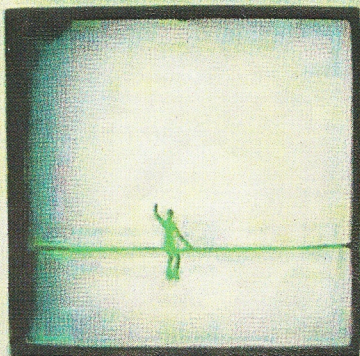


LA EXPOSICIÓN DE LA SEMANA

ROBERTO MIRANDA miranda@aragon.elperiodico.com

Javier Alonso Márquez: Solos

TÍTULO Solos**AUTOR** Javier Alonso Márquez**LUGAR** Galería Finestra Estudio (Zumaletacáregui, 12, local)**FECHA** Hasta el 21 de mayo**HORARIO** Lunes a viernes, de 10 a 14:30 y de 16:30 a 19:30

Ante ese hombre simple y solitario que vigila, observa, camina o asciende, hay un abismo, un espacio total que queda libre. Todo ese ámbito exterior a la escultura misma, ese vacío, forma parte de ella y le da sentido. Incluso ante el ciego con el bastón a tientas está el mundo, para él invisible, desplegado, y lo absorbe. Hay una extrañeza existencial del ser humano ante lo que está afuera de él mismo, lo que cada hombre a su manera va asimilando hasta confi-

gurar un interior poblado (¿invadido?) por ese mundo externo.

Y todos los hombres tenemos la conciencia de estar situados en la proa del tiempo, ante un nuevo abismo ya no espacial, en un presente continuamente nuevo, no vivido de antemano por nadie. Javier Alonso Márquez pone al hombre en el filo de la existencia (*ex-sistencia* la llamó Heidegger), en el trance de saltar desde un trampolín, de iniciar un ascenso, de andar sobre el alambre (pura conciencia de abismo, con suelo para los pasos vacilantes de un solo hombre), o de enredarse, imparable, en un laberinto. Al final, ya lo sabemos, está la muerte, otro *estar ahí* tan incomprensible como el de vivir en el mundo y arrastrar el tiempo con nosotros.

En estas piezas se expresa recogimiento ante este doble misterio que el hombre arrastra; meditación, elevación, silencio. Quieto en medio del bosque y erguido como un árbol más, ahí está la conciencia humana de existir sin saber para qué existe. Y desde ese trance, la compañía del otro, incluso entre la multitud, se convierte en un enigma multiplicado, otra forma, ahora paradójica, de la soledad. Algunos se abrazan, otros se ayudan a pasar el puente, pero nada queda resuelto. El ser en sí frente al mundo. La extrañeza de quien ha sido arrojado a la existencia.

Pero en estas esculturas aparece también la fuerza expresiva de lo simple, el carácter evocador de lo mínimo que nos aposenta en lo que es esencial. Hay hu-

mor en muchas de estas piezas. Un regreso desde lo trágico e inexorable hasta la interrogación sobre lo que sucede. ¿Dónde estamos? Sin accidentes de vestuario, sexo o singularidad del rostro, porque la singularidad verdadera está en otro plano interior, en ese mundo que cada uno construye para vivir en él. Todo lo demás no añade gran cosa.

Porque el ser humano solitario no está fuera de las cosas, sino profundamente afincado en ellas, con esa vigilancia ensimismada. Entonces, lo que parece vacío a su alrededor es lo que le confiere sentido. Cada pieza de esta exposición es el hombre adosado a su universo y su infinito a cuestras, siempre caminando en la proa del tiempo hacia una muerte, que no sabe ni qué es. ■